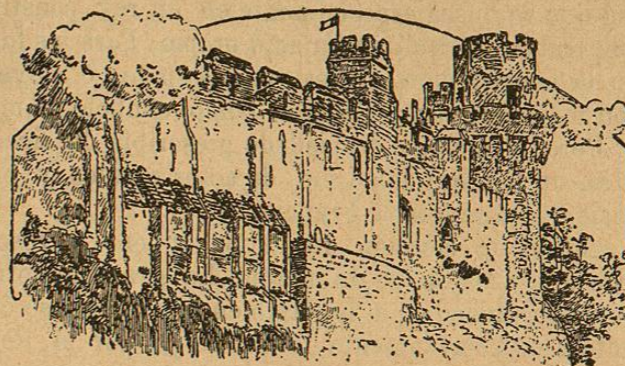


Ayudados por él en un caso decisivo, ni lo sostuvieron en su guerra contra Dumouriez, ni contra los ataques de Robespierre y de Saint-Just. Esta fué una de las causas de su caída.

Cambon quedó fijado á la izquierda de la Convención. Con él votaron hombres sin interés de partido, amantes de la Revolución, embarcada en la importante cuestión de los bienes nacionales ó arrastrada en la pesada carreta de los asignados.



CAPITULO XXIII

Grandeza y decadencia de la Gironda (Octubre-Noviembre 92).

La Gironda fuerte en Octubre.—Petion obtiene la unanimidad de París (15 de Octubre).—En el proceso del rey empujan las violencias.—La Comuna lanza un documento contra la Convención (19 Octubre).—La violencia de la Comuna compromete á la Montaña y á la sociedad de los Jacobinos.—Muda irritación de Sieyes y del centro.—La Convención ataca á Danton y á la Comuna.—División del partido girondino.—Una fracción de la Gironda (la fracción Roland) ataca á Robespierre por Loubet (29 Octubre).—Apología de Robespierre á los Jacobinos y á la Convención (5 de Noviembre).—Barede la salva insultándola.—La Gironda pierde su influencia en París.—Abre el proceso del rey (7 de Noviembre).—Daño de este proceso para Francia.

Un hecho precipitó la batalla interior de la Convención y de la Comuna. París, que la Comuna pretendía poseer, se declaró contrario de un modo ruidoso. El primer uso libre que pudo hacer de su voluntad, fué desmentir por una elección significativa cuanto se había dicho en su nombre. Los violentos, desenmascarados así, viendo con terror su nombre publicado por el resultado de la elección, no encontraron salvación más que en un golpe de audacia: precipitando la Revolución.

El acontecimiento que cambió así la faz de las cosas fué la elección de Petion (que dejó la presidencia de la Convención) á la alcaldía de París (15 de Octubre). Petion fué elegido por unanimidad, excepto muy contadísimos votos. De 15.000 electores obtuvo el voto de 14.000. Y de los mil votos restantes los candidatos de la Comuna no obtuvieron, juntos, ni quinientos.

París se justificó así ante Francia y ante Europa. Manifestó su horror hacia Septiembre y su cariño á la moderación y á la probidad.

Si, por lo tanto, la Revolución debía en lo sucesivo apoyarse en la probidad inerte y la moderación impotente, es seguro que combatiría la parálisis que la amenazaba. Petion, dispuesto perfectamente para ocupar un sillón, lo mismo el de presidente de la Asamblea que el trono de la casa ayuntamiento, el rey Petion, como se le llamaba, estaba dotado

de la cualidad que se busca especialmente en un rey constitucional: la incapacidad de tratar, de realizar un acto propio. Para las funciones vegetativas que la constitución inglesa exige á su rey ó Sieyes á su *gran elector*, Petion no tenía precio. Bastaba como símbolo, como bandera, como ficción. Pero el tiempo despiadado prescribía la ficción. Hacían falta realidades, un hombre de acción, de actos rápidos y enérgicos en la terrible crisis que atravesaba Francia.

En este sentido, la elección de Petion (bueno y respetable) era alarmante. Era una declaración de inercia. La gran mayoría, no solamente de gentes acomodadas, si no también del pueblo se componía de honradas gentes, extremadamente fatigadas ya por la Revolución y que nada querían hacer en lo sucesivo, ni avanzar ni retroceder. Nombrando á Petion hicieron la cuenta de que se moverían poco.

Equivocáronse en su cálculo. No avanzando más retrocedióse rápidamente de Petion á Bailly, á los hombres del 89, que no habían podido detener á la reacción. Esta nos hizo rodar por su horrorosa pendiente hasta la cima del antiguo régimen, al triunfo de los emigrados, al triunfo de los extranjeros, á las miserias de la invasión.

Porque la reacción no retumbó solo en el 88, si no aun más en 1815, un 1815 pero sin la Revolución, sin el imperio, sin la gloria, sin la universalidad de las ideas francesas en Europa, sin el respeto de los vencidos.

La Revolución existía, pero faltaba un hombre. Faltaba que á este ser se le viese combatir, moverse, avanzar. Por delante había mil peligrosas aventuras, pero atrás quedaba ya un temible remolino. Retroceder por temor á los daños era un daño mayor, sería la ruina, la caída cierta, el abismo.

La Revolución, para que viva debe marchar para sí y fuera de sí, con un mismo movimiento. ¿Cuál? Ya lo hemos dicho: *la magnanimidad en la justicia*. ¿Qué movimiento? Una grande é inmensa dilatación del corazón que ponga á la humanidad en el camino del desinterés heroico, del sacrificio sin límites.

Hacía que aquellos á quienes la Revolución pedía justicia, á los dichosos que hasta entonces se habían aprovechado de ella y voluntaria ó imprudentemente se aprovecharon de los abusos contestaran: «¿Qué queréis, justicia? No os haremos esperar más tiempo.»

Esta es la gloriosa respuesta que dieron muchos patriotas dueños de las primeras fortunas de Francia. Hubo hombres admirables. La mayor parte de los ricos, en el 93, hicieron esfuerzos para descender, ambicionando la legalidad. Esto hacía falta que se hiciera en el 92 para adelantar los anhelos de Revolución. No se trata de promover ruidos, de cometer groserías, de adular al pueblo, si no de ser más pueblo de corazón que él mismo, de marchar en primera fila delante de él, de suerte que pueda avanzar: el pueblo encontró grandes corazonas.

La Francia adoptó á la Francia, derrochándose con noble abundan-

cia los sentimientos generosos que penetraban en el corazón de todos los hombres. La Francia se prodigó magnánimamente. ¡Desgraciada de ella si hubiera pretendido ser justa y libre para ella sola! Los dones de Dios no son tales si se los guarda para sí. Debía la Francia conquistar los pueblos con una nueva táctica, como hicieron los franceses en Strasburgo por los alemanes, como hicieron por una plaza sitiada en la que se morían de hambre: entraron con la espada en la mano y el pan en la punta de la espada. Así la espada de la Francia debía ofrecer y dar el pan á toda la tierra.

He aquí como la Revolución debía avanzar por fuera y por dentro con un movimiento rápido pero ordenado. Su genio no era nada contemplativo. Introducirle en la cabeza la inercia de Petion, ó la facundia de abogados girondinos, era obligarla á sufrir la enfermedad contraria á su espíritu, ó sea en la furia de los movimientos desordenados que sobradamente tomó la Montaña por acción real y progreso de la vida.

Este refrán profundo de la Edad Media, tan verdadero en moral, lo es así mismo en política: «El corazón del hombre es una muela que da vueltas todo el día: si no ponéis nada á moler se corre el peligro de que se muela ella misma.»

No había que perder un momento entre Valmy y Jemmapes; hacía falta dar á la Revolución algo para moler, según su naturaleza y su verdadero sentido.

La rueda se engancha; el progreso tarda. Y entonces la Revolución comienza á molerse á sí misma. Inmediatamente empieza á comer débilmente: la cabeza de un rey, sin detenerse un momento; la muela da vueltas, rechinando los dientes y pulverizando sus propias ruinas.

Esta fatal impulsión le fué dada antes de la batalla de Jemmapes, antes de las grandes leyes revolucionarias de la Convención, que tranquilizaron los pueblos, garantizándoles para siempre la victoria de la legalidad. Si la Revolución hubiera caminado con pasos firmes en el sagrado camino de esta legalidad no hubiera cometido la locura de matar á un rey, ni mucho menos el crimen de emplear la Convención para matarse ella misma.

La batalla se ganó el día 6 de Noviembre y el mismo día tuvo lugar el decreto contra Luis XVI. Si la batalla hubiera sido ganada más pronto, la opinión pública hubiera tomado otro rumbo. Si el proceso se hubiera detenido entonces, seguramente no hubiese tenido tan sangriento resultado. Fué antes de la batalla, y muy probablemente en los primeros días del mes de Octubre, cuando las sociedades jacobinas de los departamentos debieron recibir desde París la orden de la Montaña y de la Comuna: «Somos una minoría; es preciso moverse y hacer miedo; poner la Gironda en peligro de perderse si se salva al rey ó envilecerla si lo condenan contra sus sentimientos ya conocidos... Pidamos la muerte del rey.»

La cólera nacional, terrible en Junio del 91, terrible también en

Agosto del 92, se extinguía. Sobrevino el olvido. La nación estaba muy lejos de pedir la cabeza de Luis XVI. Un observador excelente, Dumouriez, que se encontraba en París á mediados de Octubre, dice que en esta época nada indicaba que el rey estuviese en peligro; hacía falta mucha fuerza para despertar al país de su sueño. Las sociedades de Jacobinos portáronse admirablemente; funcionaron con una docilidad y una energía que hubiera excitado la envidia de las corporaciones sacerdotales y políticas de la Edad Media.

De todos modos su trabajo hubiera resultado inútil si en el pueblo no se hubieran encontrado elementos predispuestos para la excitación. Por esto, la inquietud extremada que se sufrió en esta gran crisis en la que Valmy no dió más que una tregua momentánea. La revolución podrá perecer todavía, perecer en beneficio del rey: «Arrebatemos al rey; vengamos por adelantado nuestra suerte para que él no se aproveche.» He aquí lo que se decía al pueblo. Encontrósele bien dispuesto, sufriendo, irritado, á la entrada de este invierno. ¡Un invierno más sin trabajo y sin pan! Es el cuarto desde 1889 y por un progreso natural resultaba más duro; por que los recursos se agotan, los socorros desaparecen, la caridad se enfría; los mismos ricos se creen pobres... «Decidnos; ¿la causa primera de tanto mal no es el rey?»

Durante la elección del alcalde hacia el 10 de Octubre un pretendido herido del 10 de Agosto, el brazo en cabestrillo y un emplasto sobre un ojo, pidió *que la Convención le hiciera justicia*. Un comité se encargó de dictaminar en el asunto del rey.

Petion fué elegido alcalde el 15 de Octubre y el 16 se recibió una petición de los Jacobinos de Auxerre no apoyando el proceso del rey si no solicitando su muerte sencillamente. Esta petición fué apoyada con gran violencia por un hombre profundamente sincero que fué siempre en la vanguardia (como lo demostró en la Vendée): Montagnard Bourbotte que indudablemente no sabía lo que se fraguaba.

La comisión encargada del examen de documentos dijo que necesitaba algún tiempo todavía.

El 19, nueva maquinación. La Comuna envía una enérgica comunicación á la Convención contra la Convención y contra los reyes que piden una guardia.

Así el partido violento ocultó su derrota electoral con un acto de audacia, comenzando de cierto modo el proceso de una Asamblea soberana, investida por la Francia de los poderes más absolutos.

Y para perderla se la emplazó no solamente sobre el terreno de la guardia departamental, si no sobre el terreno más escabroso todavía del asunto del rey. El debate debía versar sobre la cabeza del rey Luis XVI. Los hombres que la Convención acusaba de haber derramado sangre pensaban derramarla otra vez. Ellos mismos hacían responsables á la Asamblea cuando ya casi se había lanzado contra ella la acusación. Continuamente decían: «Quien no mata, traiciona.»

Lo que había de enorme en la comunicación de la Comuna sobre la guardia departamental es que, alzando la voz sobre la de la Convención y llamándose *el soberano* (el pueblo), la Commune disputaba á la Asamblea el derecho á formular leyes.

La Convención, investida de poderes ilimitados, había prometido en su generosa modestia someter la Constitución á la sanción de las asambleas primarias. Esta generosidad se tornó contra ella misma. Se le sostenía que este decreto de seguridad *era un decreto constitucional*, que debía como el resto de la Constitución ser sometido á la sanción del pueblo. La Comuna no reconocía á la Convención el derecho á legislar ni aun provisionalmente, ni simples decretos de urgencia. Siguiendo este principio, hasta la lejana época de una sanción general de la Constitución, Francia hubiera vivido sin leyes.

Si la comunicación no hubiera sido un acto de demencia hubiera podido calificarse de un llamamiento á la insurrección contra la nueva Asamblea, nacida apenas de una elección que llegó con todas las fuerzas de Francia. Era un reto lanzado, no por París, si no por algunos centenares de hombres que París, por un voto unánime, acababa de rechazar.

Estos hombres, en trece secciones, habían, contra un decreto de la Convención, exigido que se votara en alta voz, sin que por esto fueran menos rechazados. De cuarenta y ocho, en una sola sección se les siguió hasta el fin, decidiendo que si el escrutinio se hacía secreto *marcharían en armas contra la Convención*.

Puede creerse que estas locuras no fueron aconsejadas por la Montaña. Vieron con pena, sin duda, que la imprudente comunicación del 19 de Agosto había lanzado contra ellos la ira unánime de la Asamblea.

Los jóvenes que se agitaban en la Comuna (Tallien, Chaumette, Hebert, etc., etc.) arrastraban á la Montaña y sus jefes por una rápida pendiente que los hubiera anulado en la Convención, sin dejarles más fuerza que el tumulto, ni otro campo que la calle, de suerte que Roland, Robespierre y Danton se hubieran convertido en segundos ó subalternos de Hebert y Chaumette.

Robespierre hallábase en una situación crítica. Se le atribuía cuanto se hacía en el Municipio y él no osaba negarlo. Los agitadores de la Comuna lo maltrataban diariamente, poniéndole como un trazo. Conocíanlo muy á fondo y sabían que por conservar esta posición de elevada autoridad moral y de jefe aparente era capaz de cometer las más grandes insensateces.

Su loca comunicación del 19, que ni Robespierre ni nadie osó apoyar con una palabra en la Convención, fué enviada, por acuerdo tomado durante la noche en la Comuna, á todos los municipios. La Convención anuló su acuerdo. Entonces obtuvieron el apoyo de Robespierre, no en la Convención, si no en una asamblea oscura de su distrito, en la sección

de Piques. Se le arrojó así poco á poco. Se quiso obtener de él el elogio de Marat. Lo hizo, sin embargo, pero de modo que pudiera en algún caso desautorizarlo: hízolo aconsejado por su hermano, Robespierre joven, á los Jacobinos. Dijo que Septiembre era la obra de París y que proseguir Septiembre era hacer la causa del pueblo parisién. Entonces, cuando estaba abierto el camino, apareció en la tribuna de los Jacobinos un cualquiera, que se dijo federado, dispuesto á salir para la frontera, el cual dijo imprudentemente: «Yo trabajé en el 2 de Septiembre: puedo hablar. Estad tranquilos; no hemos degollado más que á conspiradores, á embaucadores de falsos asignados.»

Habíase colmado la medida. Aquello era ya demasiado. Se quería disminuir el horror y se aumentaba. El desvergonzado fué mal recibido. La sociedad de los Jacobinos hacía gala de cierto decoro; el cinismo del septembrino causó estupor. De un golpe penetró en la sociedad. Esta se vió entrar, quisíerolo ó no, en el camino de las violencias, en el cual las sociedades de provincias podrían no seguirla. Marsella había ya roto sus relaciones con ella: Burdeos imitó esta conducta, y después siguieron: Lorient, Saint-Etienne, Agen, Montauban, Bayona, Perpignan, Rioms, Chalons, Valognes, etc., etc. y las que mayor significación tenían, Nantes y el Mans, nuestras vanguardias republicanas contra la Bretaña y la Vendee.

En el seno de la Asamblea existía el mismo desastre. La Montaña, aunque no apoyó la desdichada comunicación de la Comuna se encontró contra ella, no los treinta girondinos, ni los ciento de la derecha, si no más de seiscientos miembros, es decir la Convención.

La Asamblea, generalmente inerte, envidiosa de la Gironda, fué muy lentamente para acordar medidas enérgicas. Contaba con muchos miembros de la Constituyente, de la legislativa, mudos, agriados ya, que se creían mayores y demasiado viejos para tomar por tutores á abogados de veinticinco años.

En el fondo mismo del centro (del vientre, como se decía) tenía envuelto en sombras de miedo y de silencio al abate Sieyes, como aterido é inerte.

Resumía toda la timidez y la envidia sorda de esta parte de la Asamblea. Después que descendió de su elevado pedestal de la Constituyente, rechazó la luz y se quedó en tinieblas sobre la tierra. Se le llamaba muy propiamente *el tumor de la Revolución*. Jamás pronunció Sieyes una palabra sin que se le obligara á ello. Detestaba á los girondinos como á quienes se burlaban de sus sistemas. Sieyes era muy violento. El buen abate, cuando los jóvenes medio prácticos le consultaban, contestaba: «El cañón, la muerte». Viendo á los girondinos indecisos los abandonó.

En la época á que nos referimos Sieyes no desesperaba de la Gironda. Fué á visitar de noche á los Roland. Puede ser que fuera él quien los guiaba, quien les prestó las luces de su odio de cura, de su expe-

riencia y los hizo marchar más rectamente de lo que ellos hubieran ido. La dirección, aunque débil, fué marcada con precisión, para lastimar durante mucho tiempo, separando la cuestión financiera, la responsabilidad pecuniaria y la cuestión de dinero.

La Convención entera (excepto algunos miembros obstinados de la Montaña) atacó á la Comuna, decretando que presentara sus cuentas en el término señalado de tres días.

Al mismo tiempo atacó á la Montaña ordenando que el poder ejecutivo (esto afecta á Danton) justificara en el término de veinticuatro horas la forma en que se habían invertido los fondos para los gastos secretos.

¿Había habilidad siquiera al descargar este golpe sobre Danton para hacer descender esta noble figura del republicanismo á las miserias de un deudor vulgar? Ninguna.

Danton, comprometido para siempre, inutilizado: ¿á quién había de aprovechar esto si no á Robespierre?

La Montaña, la fracción de los violentos, si naturalmente fuerte en los momentos de violencia, era débil desde el momento en que se dividía, mejor dicho, en que se duplicaba bajo el mandato de dos jefes. Para que resultara fuerte era necesario anular uno de los dos. Este servicio fué el que los Roland prestaron á sus enemigos.

Danton, una vez inutilizado, reducido á la defensiva, no llevaba más la bandera: á su abrigo la conducía Robespierre. El jefe moral de los Jacobinos resultó jefe político de la Montaña, de la Convención, y la Revolución, á partir de entonces, fría y terrible, tenía detrás un consejero que no representaba ciertamente los sentimientos magnánimos.

Robespierre, dicho propiamente, avanzó en fuerza de no hacer nada. Sus adversarios ó sus rivales se inmolaban los unos á los otros, trabajando por él y ensalzándolo continuamente. Por él, en el 91, los Lameth anularon á Mirabeau; los girondinos ayudados por el centro, comenzaron á destrozarse á Danton.

Los girondinos por lo mismo no estaban conformes con la táctica que se seguía contra Danton y Robespierre. Su hombre de genio Vergniaud, quería que se respetara el genio de la Montaña, que amenazaba á Danton. Brissot, tan ardiente como fuera en atacar moralmente á Robespierre, no se mostró conforme en atacarlo jurídicamente en un proceso en regla en que se le envolvió. Rabaud de Saint-Etienne, el ilustre pastor protestante (el hijo del mártir de las Cevennes), iniciado á la vida política por la larga tradición de los partidos no quería que se atacara á ningún enemigo si no se tenía la seguridad de perderlo. Brissot, Rabaud, en sus periódicos desautorizaban claramente los ataques que los Roland hicieron, á pesar suyo sin duda y sin consultarles.

Madama Roland llegó en su odio contra Danton y Robespierre á un grado tal de irritación que se asombró de poseer un alma tan fuerte. Ella no tenía más vicio que el de la virtud, yo doy este nombre á la